

EL ARTE DEL ENSAYO COSTUMBRISTA EN ROBERTO ARLT

por Robert M. Scari

Dept. of Spanish and Classics
University of California

Los críticos se han esforzado, sin mayor éxito lamentablemente, durante los últimos años, por llegar a una formulación más o menos satisfactoria de lo que es, en cuanto género literario, el costumbrismo¹. La tarde ha sido difícil y generalmente infructuosa porque no se trata de una convención fija, sino de una modalidad bastante elástica y con variantes casi tan innumerables como la cifra de sus cultivadores. Es probable que los costumbristas del siglo XIX sean los creadores más representativos, los que más cerca han llegado a establecer un género con normas relativamente uniformes. Al mismo tiempo, no cabe duda de que el género retiene su vigor en la literatura contemporánea, para lo cual ha sido necesario introducir ciertas modificaciones. En la Argentina, la literatura del siglo XX abunda en artículos y ensayos costumbristas, en el sentido tradicional del término, o sea, que combinan esencialmente los mismos procedimientos estilísticos y temáticos, variando sólo los detalles de ambientación local.

Entre los más fecundos y eficaces autores del género se halla Roberto Arlt, cuyas *Aguafuertes porteñas*² constituyen una notable radiografía de la capital rioplatense. En las varias colecciones de

¹E. Correa Calderón ha contribuido al estudio del cuadro de costumbres con un valioso artículo publicado en la *Revista de ideas estéticas* [VII, 25 (marzo, 1949), pp. 65-72]. El crítico intenta una definición genérica basada en el examen de los escritores costumbristas más representativos del siglo XIX. Es de especial utilidad aquí la sección del estudio dedicada a relacionar el artículo de costumbres con otros géneros literarios (teatro, género chico, memoria, cuento, poesía narrativa), poniendo de relieve puntos de contacto y evidentes divergencias.

²Las citas textuales llevan entre paréntesis los números de página correspondientes a la edición empleada para este ensayo: Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas* (Buenos Aires: Losada, 1958).

la serie el autor se nos manifiesta como el retratista de la ciudad por excelencia. La vida burguesa de Buenos Aires es, en realidad, el tema ubicuo y obsesivo de todos sus escritos, no sólo de los ensayos costumbristas que nos ocupan en el presente estudio, sino también de sus novelas y cuentos. Son inconfundibles, en *Aguafuertes porteñas* las huellas del costumbrismo tradicional, sobre todo la presencia de Quevedo y Larra. Se advierte esencialmente el mismo ideario; el autor se fija en los mismos vicios y defectos sociales, presentándolos revestidos de indumentaria porteña.

Nos encontramos, además, con un repertorio de tipos que todos estos escritores comparten como blancos de su sátira: barateros, calaveras, facciosos, oficinistas, abogados, notarios, aspirantes a cómico, a literato, a político, etc. Por ejemplo, el amplio registro de figuras representativas que pulula por las páginas de los artículos costumbristas de Larra quedan reencarnados en los del ensayista argentino, más o menos disfrazados pero inconfundibles, a pesar de sus distintivos porteños. Se pone de manifiesto, asimismo, la influencia directa de la picaresca, no sólo en alusiones concretas (a Quevedo, para citar sólo la más frecuente), sino en esferas más significativas (pesimismo, cinismo, fatalismo, etc.).

En el presente ensayo nos proponemos examinar diversos aspectos de los ensayos arltianos de carácter costumbrista con el objeto de destacar no sólo los puntos de contacto con otros cultivadores de los géneros aludidos, sino también los aportes originales, o sea las modalidades características que distinguen los ensayos arltianos.

¿Qué son estas llamadas "aguafuertes" de Arlt? El diccionario define el término de este modo: "lámina obtenida por el grabado al agua fuerte; estampa hecha con esta lámina". Dejando a un lado la molesta costumbre de usar el término en la definición del mismo, nos basta y sobra lo que nos dice para confirmar la precisión con que el autor ha optado por darles tal título a sus piezas costumbristas. En efecto, al leerlas tenemos una impresión semejante a la que nos produce una lámina, lo que en inglés se llama "etching" o "etched plate". El agua que el diccionario deja sin explicar es un ácido que desensibiliza, por así decirlo, toda la superficie menos las líneas mismas de la grabación, impartiendo a ésta una definición de excepcional finura y claridad. Todos los elementos de la definición, o sea las cualidades de una aguafuerte verdadera, están presentes en cierto modo, en los breves ensayos que llevan por título "Aguafuertes porteñas".

Los factores más evidentes de que se aprovecha el autor son la concisión, sin desarrollo temático alguno, prescindiendo de todo material explicativo o conceptual, lo cual recuerda la acción del agua fuerte, y el empleo de innumerables objetos y estructuras (muebles, casas o sus partes, edificios, detalles topográficos de la ciudad, facciones y partes del cuerpo, etc.) en la creación de estampas donde los objetos mencionados adquieren una dimensión representativa mediante la cual se da relieve a algún sentimiento o estado de ánimo. Los más típicos, los que determinan la tonalidad de la colección, son la soledad, la melancolía, el hastío, la desdicha, entre otros muchos por el estilo, que en conjunto le prestan a la obra su marcado tono pesimista. Sobre este punto sumamente importante se hablará más adelante. Por ahora lo esencial es dar una idea general de la estructura de los ensayos. Son breves, concisos, refiriéndose a un solo tema cada uno, de tono melancólico y pesimista, con escaso pero eficaz empleo del diálogo, y salpicados de las impresiones y prejuicios del autor expresados en incisivas pinceladas.

RADIOGRAFIA PORTEÑA

Roberto Arlt quiere a Buenos Aires entrañablemente, pero no por sus virtudes, que a éstas apenas si se refiere, sino a pesar de sus vicios, que éstos constituyen los temas obsesivos de sus libros sea novelas, sea cuentos, sea ensayos costumbristas; sobre todo los últimos, cuyas páginas rebozan hastío y repugnancia ante la capacidad de los bonaerenses para pasarlo mal cuando podrían pasarlo bien. Habrá que remontarse a Quevedo para hallar tal compendio de muecas y humor negro como el que destilan las agua-fuertes de Arlt. Y su brevedad no hace sino aguzar los punzantes dardos de su sátira, de su humor irónico y estremecedor. La concisión expresiva, dictada seguramente por las exigencias del formato periodístico, da como resultado un tipo de ensayo costumbrista que comparte lo mejor de las diversas modalidades evolucionadas durante la larga historia del género.

Arlt logra establecer marcado equilibrio entre la sátira un tanto abstracta que caracteriza a los escritores dieciochescos (Cadalso, y otras muchas figuras menores), en que a veces se echa de menos el detalle histórico concreto, y la modalidad de un romántico como Larra, cuya crítica social puede desviarse hacia un subjetivismo

que, no obstante su gran interés artístico, en ciertos casos diluye el efecto de la crítica social. La especial fórmula que Arlt ha elaborado le permite evitar ambos extremos. La presencia directa del autor en los ensayos se reduce a rápidas pinceladas irónicas al margen de toda truculencia retórica. Al mismo tiempo, se han incorporado referencias a pormenores concretos de la sociedad porteña que le prestan a los ensayos una dimensión de realismo histórico imprescindible. Los personajes desarrollados en su plenitud moral y psicológica en las novelas y cuentos aparecen aquí fragmentados en sus partes componentes, disecados y rotulados como especímenes de laboratorio. Esta obra no es, por lo tanto, tan indispensable como las novelas para el estudio del arte narrativo ficcional del autor pero sí lo es, más probablemente, para nuestra comprensión de su ideario.

Es inmensa la variedad de temas tocados por el autor en esta colección. Media humanidad está colocada en ella aunque la clase media se lleva casi siempre la peor parte. El lector se queda con la impresión de haberse paseado por la ciudad con lupa, observando, midiendo y juzgando. El autor penetra por tapias y techos y mediante la perspectiva de su sátira nos ofrece un triple dividendo. En primer término, la abigarrada galería de tipos cuyos retratos inolvidables nos quedan grabados en la memoria, luego la amplia visión de la ciudad misma, con sus matices de melancolía y hastío, majestad y pequeñez, lujo y miseria, y finalmente, quizás lo más valioso, el ideario de un eximio psicólogo social.

COSTUMBRISMO ABSTRACTO

En la obra que nos ocupa, Arlt le ofrece al lector argentino de su época una porción enfadosa e inquietante de verdades que seguramente resultaban difíciles de asimilar. El satírico se aprovecha de la forma elíptica del artículo periodístico, produciendo de este modo viñetas condensadas que en varios sentidos importantes, pertenecen a la añeja tradición de la literatura de "sentencias". La eficacia de las mismas no debe ni puede ser juzgada exclusivamente mediante el estrecho criterio de una "verdad" verificable. Por otra parte, los temas constituyen la aplicación de conocimientos e ideas universales a problemas argentinos contemporáneos. Dichos temas son siempre problemáticos, y al penetrar en ellos el autor

expresa ideas sobre las que no es ni probable ni necesario que sus lectores estén de acuerdo. El resultado es lo opuesto a una crónica de hechos. Más convendría definir los ensayos costumbristas de Arlt como una crónica de revelación cuyo impacto es promovido no tanto por su verdad material, sino por vía de la exageración, del contraste y de la paradoja. Son, pues, mentiras hirientes cuya incertidumbre sugiere verdades ocultas. De este modo Arlt confirma su destreza en la técnica, hartamente conocida en la tradición de la literatura satírico-aforística, que permite el análisis de asuntos poco adaptables a ello, precisamente porque se trata de algo en que el lector está íntimamente comprometido y que por consiguiente le es difícil, cuando no imposible, observar en forma objetiva.

Los escritos de Arlt que aquí nos ocupan son el producto, evidentemente, de una rabia mordaz, encerrada y seca, y sentimos al enfrentar el conjunto de los ensayos y a pesar de que fueron escritos como piezas independientes para periódicos y revistas, el dolor y la desesperación personales de un hombre que sufre en carne viva y en la imaginada soledad del escritor sin lectores, el malestar de una sociedad decadente y desorientada. Para Arlt Buenos Aires es una ciudad-desierto, pisoteada por extranjeros indiferentes e irresponsables y gobernada por administradores ineptos y corrompidos. Con los ojos fijos en Europa y sobre todo en los Estados Unidos, símbolo y estandarte de la modernidad y el progreso, Arlt se revuelca impotente ante las aspiraciones frustradas de su pueblo. En este desencanto se advierte nuevamente el parentesco con Quevedo y Larra aunque con ciertas diferencias fundamentales. En el espíritu de los satíricos españoles, especialmente el primero, se sigue reflejando el resplandor de un reciente pasado glorioso; además, el autor posee, aun en su desengaño, dos cualidades que ni asoman en el satírico argentino: la conciencia de vivir fuera de su tiempo, fija la vista en la época heroica de Carlos V y Felipe II cuando el Imperio gozaba del más alto galardón a que pudiese aspirar un pueblo, y, seguramente como consecuencia de ello, la presencia en el espíritu de Quevedo, de un invencible orgullo que ni el pesimismo ni el dolor logran ocultar.

Arlt, por lo contrario, es un hombre enteramente inmerso en la estrechez de su propio ambiente, agobiado por él mismo y carente de horizontes, pasados o futuros. Lo último que debemos buscar en las *Aguafuertes porteñas* es un orgullo semejante al del gran satírico español por mucho que pueda haber común a ambos escri-

tores en otras esferas. Quevedo, estoicamente incansable no obstante las adversidades, propone la salvación en el cerrar los ojos a la triste realidad circundante pero siempre con el ideal (he aquí precisamente donde se aparta de Arlt) de ver con mayor claridad los tiempos de oro. Nuestro autor no tiene ideales, ni épocas heroicas que le alienten o le enorgullezcan. Su obra no se reduce sino a una insistente y desesperada diatriba contra la actualidad argentina: el gobierno, el clero, la prensa, los artistas, la pequeña burguesía sobre todo.

En este contexto pensamos también en Larra, autor predilecto de Arlt, el Larra de "Las casas nuevas," "La fonda nueva," o "Modos de vivir que no dan de vivir (Oficios menudos)". No es sólo que a ambos escritores parezca molestarles lo vicioso de la sociedad contemporánea. Es más: su mal humor, su inveterada ojeriza adquieren algo así como una energía propia. Por una especie de combustión interna, incontrolable y constante, la repugnancia personal de ambos escritores se derrama por sus páginas aun cuando el caso no lo justifique. Sin motivo discernible, el autor se queja simplemente por quejarse, no por algún síntoma con profundas consecuencias morales, sino por cosas totalmente triviales: la abundancia de guijarros en las calles de Buenos Aires, la forma de las chapas de los médicos, u otros mil detalles por el estilo.

Los casos verdaderamente exagerados de esta notable característica, menos frecuente en Larra que en las *Aguafuerte porteñas* de Arlt, tienen muy poca importancia como crítica social o costumbrista; el contenido no es para tomar en serio desde este punto de vista. El valor de estas piezas ha de buscarse en otro sentido. Llevado por la ferocidad de la crítica más que por su tema o contenido, el lector pierde la vena crítica del artículo pero gana algo de gran valor. Es como si el autor le concediera entrada a su taller analítico y le descubriera el mecanismo interno de su proceso satírico. Este queda expuesto en toda la amplitud de sus recursos: los efectos humorísticos, las exageraciones, las alusiones oblicuas, en fin todo el repertorio perspectivista que constituye el instrumento crítico del autor.

Elegimos un tema, el trabajo³ y sus adversos efectos psicológicos,

³Jaime Giordano ha analizado detalladamente este tema ["Roberto Arlt o la metafísica del siervo", *Atenea*, XLV, 419 (enero-marzo, 1968), pp. 73-104], en las novelas de Arlt, hallando la única explicación adecuada del fenómeno en el nivel metafísico. Giordano sostiene que Arlt presenta la condición servil del trabajador como un modo de ser ["El drama del siervo es tragedia de

entre otros muchos que podríamos señalar, como muestra cabal de este procedimiento, porque no hay otra actividad o relación social que promueva con tanta intensidad el odio del satírico. En primer lugar debemos señalar que Arlt no se refiere, como Quevedo al crear su ejército de sastres, libreros, cocheros, taberneros, pasteleros, etcétera, a individuos o a determinados oficios, sino al trabajo en general como actividad. Es tan inaudita la detestación del autor en este contexto, que por única vez le vemos dedicar más de un ensayo a un tema, siendo el trabajo leit-motiv de nada menos que ocho ensayos y tema específico de tres, como veremos más adelante. A primera vista parece que ha de tratarse de la antigua, ya tradicional técnica empleada por Quevedo y demás satíricos; el autor introduce a un relojero cuyo diario trajín inútil es síntesis y compendio de todo lo reprensible que un oficio puede manifestar en sus características más insufribles.

La vida de todo buen relojero está siempre teñida de tristeza, porque "ese trabajo de corcovado, y de cíclope, ya que el sujeto trabaja con un solo ojo, es agobiador" (p. 135). Además, "casi todos los relojeros son pálidos, lentos en modales, silenciosos" (p. 135). "No les atrae el malo ni el buen vino. Cruzan por la vida como entes monjiles, misteriosos, cautos, llenos de un silencio de oro" (p. 135). La crítica de Arlt es en el fondo, como se ve, abstracta y perspectivista; lo objetable del oficio aparece aquí exagerado y recargado de valores representativos. Este procedimiento produce un marcado efecto impresionista porque en cuanto el lector penetra en el ensayo, va perdiendo su importancia el relojero concreto. Como consecuencia de la desfiguración, el personaje se

toda la especie humana" (p. 76)] que poco o nada tiene que ver con el azar o con determinadas circunstancias histórico-sociales: "la condición socioeconómica de siervo trasciende hacia una condición metafísica. Resultaría una condición de la naturaleza misma (más allá de los límites de la especie humana) que responde a la existencia de una 'fuerza capitulante' que no se interesa por vencer, cuyo objetivo mismo se cumple en la derrota como si descubriera que el mundo es una fantasía o una contingencia por la cual no vale la pena pelear" (p. 77).

Sobra decir que estos factores, hábil y eficazmente analizados por Giordano en las novelas de nuestro autor, no aparecen sino muy indirectamente en los ensayos costumbristas; pero de todos modos podemos inferir, al leer las *Agua-fuertes porteñas*, que el criterio de Giordano es acertado, ya que nada aparece en dicha obra que lo contradiga; por lo contrario, lo confirman, sobre todo los tres ensayos dedicados, en forma más a menos directa, al tema del trabajo.

generaliza, convirtiéndose en una serie de pormenores desligados, una filigrana de características que nos describen no ya un trabajador específico sino el trabajo como tal.

En el sombrío ensayo, "Padres negreros" (pp. 113-116), hallamos el último desliz que Arlt le da al tema. El trabajo "a horario" degrada al individuo y estropea el engranaje fundamental de la sociedad, enemistando a padres e hijos: "el chico trabaja. Se acostumbra a agachar el lomo. Entrega la quincena íntegra, con rabia, con odio. En cuanto hace el servicio militar, se casa y no quiere saber nada con 'los viejos'. Los detesta. Ellos le agriaron la infancia. El no lo sabe, pero los detesta, inconscientemente" (p. 115). El trabajo engendra el odio y, al referirse a ello, el autor toca extremos de intensidad: "La relación entre estos padres e hijos ha sido mucho más agria que entre un patrón exigente y un operario necesitado. Y estos hijos están deseando que 'reviente' el padre para malgastar en un año de haraganería la fortuna que él acumuló en cincuenta de trabajo odioso, implacable, tacaño" (p. 116).

Los vicios y defectos de la burguesía se van cristalizando en diversas formas de esclavitud, como si las múltiples esferas de la sociedad porteña, por efecto de la naturaleza misma de ésta, se encaminaran, mediante un proceso irreversible e implacable, hacia la humillante degradación del individuo. El matrimonio burgués, por ejemplo, se reduce a una serie de ideales irrealizados que dejan resabio de amargura. El más funesto representante de esta clase social es el burócrata: "En mi concepto la mejor patente de inutilidad que puede presentar un individuo, es la de ser burócrata" (p. 195). Arlt lo deshumaniza, llamándole "hombre molusco" y haciendo de él algo así como un símbolo de la sociedad argentina, o mejor dicho, de la manera de ser argentina: aferrado a la primera roca que encontró al paso y se quedó medrando mediocrementemente, sin una aspiración, sin una rebeldía, siempre manso, siempre gris, siempre insignificante" (p. 196). El satírico repite hasta el cansancio aquello de que en Buenos Aires la gente es indolente e inservible por naturaleza: "Es indiscutible que el nuestro es un país de vagos e inútiles, de aspirantes a covachuelistas, y de individuos que se pasarían la existencia en una hamaca paraguaya" (p. 195). Tras décadas de enervante trajín oficinesco "masculando frasecitas de encargo y soportándole la bilis a un jefe animal" (p. 196) se hunde del todo.

Por fin, aquel ser acartonado se jubila, última etapa en la evolución hacia la medianía absoluta e irremediable. He allí los contornos del terrible festín que consume la "fauna" ciudadana y descompone la vida social de la nación. El aburrido de la clase trabajadora se deja explotar por las bestias de la clase directora. Ambas son objetos de la invectiva despiadada del ensayista que sin preferencia hostiga tanto a la víctima como al verdugo.

Tal es el sombrío retrato que Arlt nos ofrece de la Argentina y de los argentinos. Antes de cerrar por última vez las tapas de este tomo tan lleno de amargura, y echarlo a un lado con repugnancia, el lector debe, a mi entender, hacerse cargo de esto. Arlt puede no tener razón en sus conclusiones, podemos dudar de su capacidad en lo que a análisis psicológico o sociológico se refiere, hasta podríamos negarle mérito como escritor (el estilo de las *Aguafuertes porteñas* es a veces bastante torpe), pero lo que jamás podremos hacer es acusarle de insincero o diletante. No cabe duda alguna sobre este punto. Es imposible dudar de que para él, la sociedad argentina trae de adentro los microbios que la corroen. Las figuras grotescas y grises que se mueven bajo el microscopio muy personal de Arlt crean un ambiente de malicia y de vicio. Este mensaje se desprende de las páginas arltianas con absoluta seriedad. En Arlt hay siempre angustia, la sensación de retorcerse impotente ante lo que para él son defectos irremediables, pero nunca capricho o liviandad. Al leer las *Aguafuertes porteñas* se tiene la impresión de que su dolor es tan agudo que él mismo se desgarró carne y espíritu, como si le hiciera daño la conciencia misma que tiene de la actualidad argentina.

Giordano ha visto lo mismo en sus novelas: "Roberto Arlt, al identificarse con sus personajes, se identifica también con su perspectiva metafísica. Es como decir que muere con sus creaciones novelescas" (p. 79); y más adelante: "tenía que aprovisionarse de mucha sinceridad, y estar dispuesto a desenmascararse a sí mismo. Tiene el valor de no distraer la culpa, atribuyéndosela sin más al siervo mismo. El lector de Arlt no se siente perdonado ni justificado a través de una 'enajenación de la responsabilidad' " (PP. 79-80). Por último, y esto también tiene su confirmación en ciertos personajes novelescos del autor⁴, difícilmente hallaremos en él ese tono

⁴Giordano afirma (p. 100) que "la conciencia de siervo no es, pues, el descubrimiento de una condición injusta. Por el contrario, ella supone la aceptación humillante de una espiritualidad hundida y dominada por 'fuerzas

quejumbroso o gemebundo de algunos románticos con fuerte conciencia de que el malestar del individuo o de la sociedad supone o se debe a algún tipo de sañuda injusticia cósmica que convierte en víctimas de un destino inmerecido tanto a hombres como a sociedades enteras. Al contrario, la angustia de Arlt proviene no de un imaginado agravio sino de la conciencia que tiene de la pequeñez del ser humano, de lo mezquino de sus aspiraciones y de la insignificancia de su organización social. A ello precisamente se deben las ubicuas alusiones del autor a la falta de rebeldía en el argentino medio, a su condición gris, mansa, inútil, y sobre todo insignificante; y en ello precisamente, en la angustia seca que es su obra, está su heroísmo y su grandeza.

oscuras', y es como consecuencia de ello que adviene esa variedad de matices que van desde la resignación hasta la extrema humillación servil".